

afirmaciones sobre la Eucaristía y la predicación», mostrando la unidad existente entre palabra y sacramento, para mostrar la continuidad entre este concilio medieval y el Vaticano II, en contextos históricos tan diferentes. Giuseppe Buffon, de la Pontificia Università Antonianum (Roma), analiza el discurso de Inocencio III «acerca de la Tau», con el que inauguró el concilio, que destaca la centralidad del ministerio de la palabra y la primacía pastoral. Finalmente, Gerardo del Pozo Abejón, de la Universidad San Dámaso, aporta un extenso estudio, titulado «El Evangelio y el Espíritu Santo en Tomás de Aquino, Hermano Predicador y teólogo en el postconcilio IV de Letrán». Sitúa a santo Tomás en su contexto histórico después del Lateranense IV, su identidad de dominico, la presencia del Evangelio y los aspectos sapienciales de su teología. Tiene particular interés el

epígrafe sobre la recepción del concilio en la teología del Aquinate, no sólo la *Expositio super primam et secundam Decretalem*, sino también las abundantes referencias a los decretos conciliares en el desarrollo de su teología trinitaria, la teología de la creación y la teología sacramentaria. Concluye el autor que la recepción del Lateranense IV por santo Tomás y su elaboración teológica al respecto conectan a su vez con el Vaticano II en el ámbito teológico y disciplinar.

Como se puede observar, el contenido del volumen es coherente con la intención inicial, porque muestra la importancia de la historia tanto para la teología como para el derecho canónico, a la hora de confirmar lo que tiene validez permanente y descubrir nuevas luces para la aplicación actual

Elisabeth REINHARDT  
Universidad de Navarra

---

## ALFONSO DE CARTAGENA

*El Duodenarium (c. 1442) de Alfonso de Cartagena. Cultura castellana y letras latinas en un proyecto inconcluso*

Luis Fernández Gallardo y Teresa Jiménez Calvente (eds.), Almuzara, Córdoba 2015, 515 pp.

Siempre será poco lo que se insista en la necesidad y el valor de la edición de textos clásicos para el conocimiento y asimilación del Humanismo hispano. El proyecto editorial que ahora ve la luz es fruto del laborioso trabajo de dos especialistas –un historiador y una filóloga– que han unido sus fuerzas para editar esta magnífica y desatendida obra de uno de los intelectuales más relevantes del siglo XV: el obispo Alfonso de Cartagena (1385-1456). El historiador, Luis Fernández Gallardo, profesor de la UNED, cuenta con una sólida investigación sobre el prelado que arranca

de su tesis doctoral. Teresa Jiménez Calvente, profesora de Filología Latina en la Universidad de Alcalá, ha trabajado sobre importantes humanistas del reinado de los Reyes Católicos (Lucio Marineo Sículo, Alonso de Palencia, Antonio de Nebrija, etc), herederos en mayor o menor medida del magisterio y la sabiduría de Cartagena. Ambos han llevado a cabo la presente edición partiendo de las aportaciones que en su día ofrecieron especialistas de la talla de Ottavio di Camillo, Ángel Gómez Moreno, Jeremy Lawrence, María Morrás, o Tomás González Rolán, entre otros.

Hijo del gran rabino de Burgos, Cartagena se convirtió en una influyente figura en la Corte de Juan II, donde recibió encargos diplomáticos, eclesiásticos y políticos de diversa índole que le llevaron de Portugal a Basilea. Al regreso del famoso concilio celebrado en esta ciudad, el prelado decidió escribir su *Duodenarium* (c. 1442) en respuesta a las doce cuestiones –de ahí el título– que le había planteado el noble letrado Fernán Pérez de Guzmán, desde su ostracismo político. Aunque Cartagena le remitió las primeras cuestiones, acabó contestando sólo a las cuatro primeras que compiló en esta obra disponible ahora al lector en su versión latina y su pulcra traducción castellana. Algunas preguntas versan sobre cuestiones políticas y éticas, como la relación del título real e imperial, o sobre el rey español más virtuoso; mientras otras abordan aspectos culturales y antropológicos propios del humanismo, como la cuestión del número de lenguas, o la valoración de la virtud masculina y la femenina.

Como explican Fernández Gallardo y Jiménez Calvente, Cartagena integra en esta obra dos géneros netamente humanísticos, la epístola y el diálogo, sobre los que desarrolla un ejercicio exegético cuajado de ideas innovadoras y originales. No es posible referir los matices y precisiones de este intelectual que se carteo con Leonardo Bruni e hizo valer las prerrogativas de su soberano en Basilea. En sus extensas respuestas, Cartagena pone sus conocimientos teológicos, jurídicos y exegéticos, al servicio de las cuestiones políticas y cortesanas planteadas. Es notoria su modernidad ética al destacar las virtudes humanas (y no tanto las teologales) propias del perfecto gobernante, explayándose en las aportaciones aristocráticas de la liberalidad

–que no es mera prodigalidad sino «donación regulada por el juicio de la razón»–, y la magnificencia, que ve encarnadas en Enrique III de Castilla y su hermano Fernando «de Antequera», rey de Aragón y regente del reino castellano.

Frente al pesimismo de algunos coetáneos, Cartagena defiende la altura moral de ambos soberanos con elogiosas y penetrantes descripciones; de manera que, sin ocultar la irritabilidad de Enrique, se subraya la ejemplaridad conyugal de ambos hermanos como «acérrimos defensores de la castidad matrimonial» y paladines de una religiosidad expresada en su emblemática personal: el cordón franciscano de Enrique y el grifo mariológico de Fernando. Y si lo personal era importante, no lo era menos la relevancia política de estas virtudes que justificaban un gobierno sometido a fuertes tensiones aristocráticas y deslegitimaciones morales.

El *Duodenarium* de Fernández Gallardo y Jiménez Calvente cuenta con una excelente introducción sobre la época y trayectoria del autor, accesible a iniciados y sugestiva para expertos. Le siguen sendos capítulos sobre la estructura y el contenido de la obra, que dan razón de su sentido y de su sofisticada intersección de géneros. También se ha cuidado el aparato de fuentes y el análisis lingüístico para ofrecer esta «monumental edición» presentada por Ángel Gómez Moreno en su chispeante prólogo. Estamos, sin duda, ante una muestra del mejor quehacer filológico e historiográfico de la Universidad española que ha permitido rescatar esta valiosa aportación del humanismo castellano que animó la vida de la Iglesia y la política del Cuatrocientos.

Álvaro FERNÁNDEZ DE CÓRDOVA  
Universidad de Navarra